

Dicen que me case yo, de Silvia Molina

Alfonso Roque Chávez

Molina, Silvia, *Dicen que me case yo*.
4a. ed. México, Cal y Arena, 1992, 141 pp.

Los disfraces de una voz

Silvia Molina ha publicado, entre otros libros, las novelas *La mañana debe seguir gris* (1977), *Ascención Tun* (1981), *La familia vino del norte* (1987) e *Imagen de Héctor* (1990). *Dicen que me case yo*, publicado en 1989, es un volumen de cuentos que reúne, junto a los que propiamente pertenecen al título, aquellos otros que se publicaron en 1987 bajo el nombre de *Lides de estaño*. Silvia Molina los separa en esta edición con un "Intermedio" formado por siete relatos cortísimos: *Juego de muñecas*.

La selección de los diecisiete cuentos que aparecen en este volumen no es obra del azar, sino que se agrupan con una intención significativa de la autora para subrayar un interés central. La similitud de rasgos de los personajes y la unidad temática, que se podría resumir como "Las relaciones cercanas de la mujer", le dan cohesión al conjunto y marcan una dirección definida.

Con excepción de "De palomas y cuerpos en el espacio", encontramos siempre mujeres que narran sus recuerdos y vivencias de la infancia, la adolescencia y la primera juventud. Algunas relatan también algún momento de su vida actual que corresponde, casi sin variación, al de una mujer madura, casada o divorciada, entre los 28 y 35 años de edad. Casi todas han vivido y siguen viviendo inmersas en ese enorme estrato económico y social que llamamos clase media. En la adolescencia y juventud aparece frecuentemente la asistencia a la universidad y el logro de algún título. Las tareas que ocupan la vida de aquellas que han llegado a la edad madura van desde ejercer el magisterio y la escritura, hasta la labor de secretaria o, simplemente, las labores de ama de casa.

Pero es especialmente en el campo de las relaciones humanas y su inherente complejidad, donde parece que todos los personajes acaban por fun-

dirse en uno solo que, al enfrentarse sostenidamente con la misma clase de conflictos, transmite una visión muy uniforme de las relaciones cercanas. Silvia Molina dibuja alrededor de este personaje único toda la complicada trama que se va tejiendo en la vida de una mujer: el padre y la madre, el novio y el amante, el esposo y los hijos aparecen en diferentes etapas de su vida, mostrando siempre una marcada consistencia.

La distancia entre autor y personaje, no obstante las variantes que se presentan en los cuentos, queda prácticamente anulada por la recurrencia con que aparecen los mismos temas. En otras palabras, nos encontramos ante un *corpus* homogéneo en el que se manifiesta claramente un sustrato autobiográfico, no en el sentido de repetir, íntegras, las experiencias de la autora, sino en el de transmitir una visión única de las relaciones y afectos humanos. Esta identidad parece reforzarse con la preferencia de la autora por narrar en primera persona; únicamente "La pulsera" y "Como agua de lluvia" se relatan diferentemente.

No obstante que la figura del padre aparece representada frecuentemente por una persona cordial y atenta con la hija, se transluce siempre en esta relación un vacío que jamás llega a colmarse y que se expresa a veces en forma suave y velada ("Amira", "El primer día diferente"), pero otras, deja paso a un agudo resentimiento por la ausencia ("Recomenzar") o por una presencia aún menos satisfactoria ("La casa nueva"). Ante esta carencia afectiva, la relación con la madre se convierte también, por el egoísmo y el desamor de ésta, en una frustración que se manifiesta con una abierta rivalidad ("Amira", "Recomenzar", "El primer día diferente"). Y cuando el personaje de "El paraíso perdido", que ha llegado a la madurez y asume ahora el papel de madre, tiene la oportunidad de revertir la situación intentando un cambio en la relación, enfrenta, sorprendida, una dolorosa experiencia tras la cual terminan las dos, madre e hija, cumpliendo "un acto de soledad".¹

La relación de pareja no resulta más alentadora. Existe una continuidad en los cuentos que acaba produciendo la imagen de una mujer agobiada por el peso de una cadena de imposiciones cuyo primer eslabón es el de los padres y que se continúa con el del novio y el del esposo. El final es, casi siempre, la lejanía y el rompimiento.

Podría decirse que la mujer de "Otoño" rompe el esquema de la mujer en desventaja: mayor que Julio, el amante, divorciada, intelectual, hace que él se enamore de ella por sus "arranques de seguridad" ("Otoño"²). Sabia y seductora, lo maneja con su físico y con sus actitudes: "Sé que no podía dominarse ante mis senos y que lo sacaba de quicio con mis bruscos

¹ Silvia Molina, *Dicen que me case yo*, p. 25.

² *Ibid.*, p. 34.

cambios de humor”.³ Sin embargo, es Julio quien la abandona (la amenaza de abandono, que pone en desventaja a la mujer, es un elemento que aparece también en “Recomenzar” y en “Como agua de lluvia”), y quien despliega las armas de la inteligencia para recuperarla: “...me dejaría hablar, razonar, para luego hacerme ver mis errores”.⁴

Aunque la desventaja de la mujer ocupa un lugar importante en estos cuentos de Silvia Molina, la visión fina de la autora no se queda solamente en la lamentación y el revanchismo. Simultáneamente con la inconformidad se van integrando en el relato algunos ingredientes que equilibran y vuelven más objetiva la visión resultante. Uno de ellos es el reconocimiento de la dualidad de la mujer ante la fuerza física, el instrumento más representativo del abuso y la violencia varoniles. En “Acuarelas”, por ejemplo, se muestra el lado brutal y devastador: Pedro golpea a la protagonista y a Jaime, su amigo, porque no pudo comprender el gesto de ayuda y solidaridad de ella para con un semejante que estaba al borde del desastre emocional. El reverso de la medalla lo encontramos en “Ya no te voy a leer”, donde se percibe la fascinación por la fuerza varonil que puede llevar a la mujer al consentimiento de la violación.

También se hace sentir el reconocimiento de que en la relación de la pareja, aunque frecuentemente aparezca el hombre como opresor y la mujer como oprimida, no por ello lleva el primero la mejor parte. En varios cuentos del volumen se dibuja un hombre que tras la máscara de fuerza esconde el miedo y el sufrimiento (“Otoño”, “Ya no te voy a leer”, “Como agua de lluvia”, “Recomenzar”).

¿Concibe Silvia Molina, finalmente, la relación de pareja como el enfrentamiento de un conflicto irresoluble, como una guerra de los sexos?

La respuesta debería ser afirmativa de no ser por una visión esperanzadora que surge al final de “Recomenzar” y que simboliza, con la figura de la amiga, la posibilidad de una etapa superior: la unión de contrarios, la fusión equilibrada y amorosa de la pareja.

Hubiera deseado entonces una amiga que le oprimiera la mano a Santiago con suavidad, que fuera el puente que nos uniera en ese abismo infranqueable que nos había separado, que lo escuchara a él también porque lo sabía más solo que yo, pues sin entenderme había llamado ideas descabelladas y ridículas a lo que para mí era la única posibilidad de aferrarme a la vida.⁵

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*

⁵ *Ibid.*, p. 92.

El manejo de las transposiciones temporales es un elemento estructural muy importante en los cuentos de Silvia Molina. "Como agua de lluvia" ofrece la oportunidad de observar cómo el continuo saltar en el tiempo (la aparición desordenada, de imágenes del pasado remoto y del reciente, mezcladas con las del día y las del momento preciso en que se produce el relato) obedece a una necesidad esencial de la autora. Isabel no hace, simplemente, el recuento de algunos hechos de su vida que han ocurrido desde su adolescencia hasta el momento actual, sino que en un reducido lapso (la narración se desarrolla en un tiempo real de sólo unos minutos), acuden a la mente de Isabel algunos recuerdos, en una secuencia que no obedece a otro orden más que al dictado por el propio inconsciente, a través de la asociación de ideas. Todos estos recuerdos se reúnen con algunas reflexiones nuevas y generan un estado de ánimo que determina el desenlace.

De una manera parecida, Silvia Molina en "La casa nueva" emplea la transposición, aunque, en este caso, con sólo dos planos temporales. En el primero de ellos la protagonista-narradora, alejada ya de la infancia por algunos años, trata de reconstruir su pasado relatándole a la madre un suceso de aquel tiempo y buscando el asentimiento de ella para darle validez a su visión retrospectiva de las cosas.

El otro plano corresponde al tiempo de la infancia, pero no el de la infancia recordada, sino el de la verdaderamente vivida. La protagonista comienza recordando ese tiempo, pero, inadvertidamente, se transporta al pasado y escucha allí la voz del padre y la suya propia. La voz del padre que dice "se llaman fresnos" ("La casa nueva"⁶) o "Ya verás, acá van a poner los cochecitos y los soldados",⁷ así como la de la hija que sorprendida exclama "¿Cómo que van a cerrar, papá? ¿No es mi recámara?";⁸ no son voces recordadas, sino escuchadas en el momento en que se producen.

Lo que parece que pudiera solamente expresarse en relatos separados y a través de narradores diferentes, lo logra Silvia Molina con el intercalamiento de esas frases dichas en viva voz, con un diálogo que rompe la barrera del tiempo.

Los saltos temporales y el intercalamiento de un diálogo que corresponde a otro tiempo no son, de ninguna manera, recursos novedosos. Pero salta a la vista que Silvia Molina los emplea con notable sutileza y maestría para mostrar que su interés está, más que en retratar el transcurso de una

⁶ *Ibid.*, p.13.

⁷ *Ibid.*, p.14.

⁸ *Ibid.*, p.15.

vida, en detenerse en algunos momentos en los que las imágenes antiguas y las recientes se reflejan con la misma vivacidad. Podría decirse con justeza que para la autora la vida está hecha de momentos, pero momentos que llevan auestas el peso de toda una época convertida, en el interior de sus personajes, en un material volátil y explosivo.

Escondido tras la sencillez de la prosa y la cotidianeidad de los temas, el estilo de Silvia Molina se atreve por los caminos del realismo para intentar la captura de las manifestaciones del ser interior y señalar los lentos caminos que éstas siguen desde el inconsciente. No se encuentra en su libro ningún elemento romántico, ni la más mínima inclinación hacia lo fantástico; no se puede tampoco hablar de subjetivismo, porque sus personajes acaban dibujando la imagen de una mujer universal. Sin embargo, dejar secamente señalado su estilo con la etiqueta de realista es una apreciación muy incompleta. Tal vez, el uso de un término más afinado, como el de realismo psicológico, nos acerque más a una clasificación válida, queriendo significar con esto las identidades con el realismo; pero, al mismo tiempo, la oposición clara de la autora ante la arrogante pretensión tendiente a querer explicar suficientemente todo por un solo camino. En Silvia Molina existe el reconocimiento pleno de que la condición humana implica vivir simultáneamente con el deseo de explicar todo y con la certeza de que hacerlo es imposible.

Por su brevedad y obligada condensación, el género cuentístico resulta para la autora un campo propicio para reproducir los momentos intensos y trascendentes de la vida. Sorprende la brevedad de algunos cuentos (“Ya no te voy a leer”, “La casa nueva”, “Otoño”) y la eficacia con que obtiene el efecto deseado. En la segunda parte, los cuentos tienden a desarrollarse en un espacio mayor —especialmente “Recomenzar” y “Como agua de lluvia”— sin perder por ningún momento el rigor para suprimir lo superfluo, aunque se echa de menos el fulgor instantáneo de los cuentos más cortos.

Sin conocer nada más de su obra literaria, Silvia Molina nos deja con una gran curiosidad por ver si existen analogías que confirmen o distanciamientos que hagan rectificar lo expuesto en este trabajo.